No tiene en efecto otra salida ese laberinto del orígen de la palabra, y tampoco tiene otra, segun hemos visto, el del orígen de la verdad en la tierra. Por vueltas y revueltas que se den, vendrémos siempre á parar en este punto. Estos dos problemas se confunden en cierta manera entre sí para desesperar al espíritu humano, cuando rehusa la llave que para salir le presentó la fé, y que en suma es la misma que le ofrece la simple razon.

Esta nos dice que el dón de la verdad y de la palabra con respecto al alma humana es tan necesario como el dón del alma para el cuerpo.—El cuerpo pronto á recibir la inteligencia y á obedecerla estaria sin embargo condenado para siempre á un estado cadavérico, á pesar de las visibles señales de su destino, sin haber podido jamás darse á sí mismo la mas leve chispa de vida, si Dios no le hubiese inspirado el alma. El alma á su vez pronta á recibir la verdad y á servirse de la razon por sus diversas fucultades, yaceria eternamente en la noche y en la inactividad intelectual, si Dios no hubiese venido á encender en ella el pensamiento y hacer vibrar la palabra. De suerte que la primera revelacion aparece en nosotros como el complemento necesario de la creacion y el desenlace de la obra divina, con la esencial circunstancia de que este último acto de la mano de Dios no se renueva como el dón del cuerpo y del alma en cada individuo, sino que se mantiene en la especie: y al paso que debemos el cuerpo y el alma *inmediatamente* á la naturaleza, quiso Dios que la verdad y la palabra no llegasen á nosotros sino mediante y por las *tradiciones* de la sociedad, revelándolas á su cabeza y no á sus miembros. ¡Economía admirable de la Providencia, que deja entrever el designio que se propone de una unidad universal, haciendo de la verdad un patrimonio indivisible entre los hombres, justificando y esplicando anticipadamente, por las mismas leyes de la naturaleza y contra las ecsijencias del deista, el modo y la conveniencia de la segunda revelacion que nos tenia reservada!

En la primera revelacion debió Dios enseñar al hombre lo que mas le importaba saber y lo que con mayor urjencia reclamaba su condicion intelectual; y como su necesidad primera es la verdad, es la razon, es el amor, que no pueden encontrar su verdadero centro mas que en Dios [verdad eterna, razon por esencia y suma de todas las perfecciones], lo primero que debió Dios revelar al hombre fué el conocimiento de su propia Divinidad, atrayendo y encaminando hácia su seno todas las nacientes facultades de su criatura predilecta.

El descubrimiento de otras verdades de órden inferior pudo dejarse como pábulo á las investigaciones del espíritu humano, una vez lanzado en el campo de su propia reflecsion [1], pero la *verdad religiosa*, es decir, el conocimiento mas indispensable, y al mismo tiempo el mas dificilmente accesible para la razon humana, debió necesariamente ser el primer objeto de la revelacion: el hombre debió recibirla pero no encontrarla por sí mismo [2].

III. Todo lo que hemos dicho sobre la verdad en general tiene su ecsacta aplicacion á la *verdad religiosa*, con una fuerza particular, cuyo conocimiento es en estremo importante.

La verdad religiosa en todos tiempos y en todas partes ha estribado sobre tres ó cuatro puntos fundamentales, á saber:—que hay en nosotros un principio inmaterial,—que hay un sér superior á nosotros en inteligencia y en perfeccion,—que entre este sér y nosotros ecsisten relaciones obligatorias, —que la muerte no es mas que un tránsito á otra vida, en la cual nuestra alma conservará para siempre su ecsistencia y responderá del uso que haya hecho de su libertad, &c., &c.

Pues bien: todas estas ideas universalmente adoptadas no se hallan naturalmente bajo el dominio de los sentidos. Nuestra razon no se mueve mas que dentro del círculo de los objetos naturales, y no obra mas que por el testimonio de sus sensaciones, de manera que aquellas verdades pertenecen á un órden sobrenatural y mas allá de lo sensible. ¿Cómo pues nuestra razon podria por sí misma elevarse á ellas, ni siquiera sospechar que ecsisten? No hay anteojo racional de tan largo alcance; y del mismo modo que no concebimos cómo un habitante de nuestro planeta pudiese saber lo que en otros planetas acontece, sin una revelacion que desde allí se lo comunicase, tampoco podriamos concebir cómo nuestras almas encarceladas en la naturaleza y en los sentidos, *clausæ tenebris et carcere cæco*, hayan podido tener jamás algun conocimiento de lo que está mas allá de la esfera de los sentidos y la naturaleza, si una voz superior no se lo hubiese declarado. Si ecsiste, como se nos dice, un mundo superior al que habitamos, ha sido necesario un enviado de él para darnos á conocer su ecsistencia y la relacion que al mismo nos une. Si hay verdades sobrenaturales, es indispensable que para enseñárnoslas haya habido una palabra sobrenatural análoga á ellas.—*Los granos encerrados en una granada*, dice un padre de la Iglesia, *no pueden comunicar con lo que se halla fuera de la corteza: el hombre encerrado dentro de la mano de Dios, con todas sus criaturas, tampoco puede levantar sus ojos hasta Dios* [3].—Así es que no me sorprende el oir al deista mas ardiente, al partidario mas declarado del racionalismo contra la revelacion, cuando en un in-

---

invenciones, á fabricar causas á su antojo para adorarse á sí mismo adorándolas á ellas? Semejante, como dice Mallebranche, á los niños que tiemblan ante los compañeros de sus juegos despues de haberlos metido en un lodazal; ó si se quiere una comparacion mas noble, aunque tal vez no tan ecsacta, semejante á aquellos romanos que respetaban con religiosa veneracion las invenciones de su fantasia y que adoraban neciamente á sus emperadores, despues de haber soltado el águila en sus apoteósis. [*Indagacion de la verdad*, parte 3.ª, cap. 3.]

[1] *Tradidit mundum disputationibus.*

[2] "Dios dejó al tiempo el cuidado de engendrar las cien-"cias físicas; pero se reservó á sí mismo el de la generacion de "las demás: él fué quien creó la moral, la poesía, &c.—Él fué "quien echó las primeras semillas recientemente producidas por "su mano en las almas y en los escritos de los primeros hombres. "De aquí procede que la *antigüedad*, como el punto mas próc-"simo á todas las creaciones, debe servirnos de modelo en todas "aquellas cosas cuyos principios mas puros recibió y transmitió "hasta nosotros. Para no estraviarnos, es preciso sentar nues-"tros piés en las huellas que déjó impresas, *insistere vestigiis.*" [*Joubert, Pensamientos*, t. IV, pág. 409.]

[3] Teófilo, Apologia, n. 6.

tervalo de cansancio y abandono, deslumbrado por un súbito destello de la verdad de Dios, nos dice:—"El sér incomprensible no se deja ver por nuestros ojos ni palparse por nuestras manos: la obra se hace patente, pero el autor de ella se esconde: *y no es corto trabajo el venir al fin en conocimiento de que ecsiste* [1]." Hé aquí adonde conduce el empeño de prescindir del aucsilio de la revelacion, aun despues de haberla recibido: ¿qué seria empero si jamás hubiese llegado hasta nosotros?

Pero ¡qué! se me dirá, ¿no pretendes tú mismo demostrar claramente por medio de la sola razon estas mismas verdades del *alma*, de *Dios*, de la *inmortalidad*, de la *religion natural*? ¿Por qué pues las supones ahora fuera del alcance de aquella misma razon? ¿á qué viene lo que dijiste en los capítulos anteriores? tú mismo destruyes la obra de tus manos: mejor era haber entrado de lleno desde luego en la revelacion. Tal vez habria sido mas peligroso, pero á lo menos hubieras mostrado mas franqueza.

No niego yo el poder y el uso legítimo de la razon en lo relativo á la verdad religiosa, y lejos de declinar su jurisdiccion en las verdades que á ella he sometido, ninguna hay entre cuantas se ofrecen á nuestro espíritu, sea cual fuere la profundidad en que quieran colocarse dentro del santuario de la fé, ninguna, digo, que rehuse yo ocultar á su mirada curiosa y escrutadora; pero hé aquí precisamente el lazo de union entre estos dos poderes, la razon y la fé, á las cuales se ha intentado poner en lucha por no haber comprendido ni deslindado bien á la una ni á la otra.

La razon es el ojo del espíritu, la mirada del alma; la revelacion es la luz que reflejando en los objetos los hace visibles. El ojo por sí solo no ve; es menester que la luz le *advierta* la presencia de los objetos. La luz por sí sola tampoco hace ver, si el ojo no se abre, no se fija y no penetra los objetos con sus miradas. Esta es la imágen de la razon y de la fé. Y siendo la verdad religiosa formada á propósito para el alma humana, todas las facultades, todos los instintos de ésta deben ser propios para aquella: desde el momento en que la verdad llega á tocar nuestra inteligencia, la inteligencia la *reconoce*, la abraza, se apodera de ella como del objeto único que llena su vacío, y se adapta á su interior configuracion y capacidad, y despues de recibir su luz á manera de un espejo, la reverbera á su alrededor como si le fuese propia. La razon, iluminada de repente por la verdad, esclama entonces en el entusiasmo de su sorpresa interior:—*Esto es: no hay duda: es cosa evidente: no puede ser de otra manera;* y se agolpan al momento mil raciocinios y deducciones ecsactas á festejar á la verdad celebrando su feliz desposorio con el espíritu humano, á quien racionaliza.

Pero este trabajo del espíritu sobre la verdad revelada es mas bien un acto de asentimiento y penetracion que un acto de invencion y descubrimiento. Ha sido menester que se nos dé la clave del enigma; pero una vez qué se nos ha abierto la puerta, entramos francamente y sin dificultad, al paso que de otra manera hubiéramos quedado para siempre fuera del templo. "Estas cosas se aprenden perfectamente y sin ningun esfuerzo, dice Platon con aquella sencillez penetrante que le es propia, *si alguno nos las enseña;* pero nadie es capaz de enseñárnoslas, *á no ser que Dios le indique el camino* [1]. Aquí está todo.

De ahí se deduce por rigorosa consecuencia que la verdad religiosa queda perjudicada si se la sujeta á la esclusiva accion del raciocinio, cuando éste se halla en pugna con la fé, ó lo que es lo mismo, con la luz; porque entonces la inteligencia vuelve á caer en el círculo de lo natural y sensible, y se precipita rápidamente por todos los derrumbaderos de la vida hasta el fondo de las tinieblas que le son propias, á medida que intercepta sus relaciones con la fuente de la verdad, llegando á negar á Dios y á negarse á sí misma por aquella razon (sencilla á la verdad y aun ecsacta en el sentido en que está tomada) de que Dios y el alma, como decia Rousseau, NO SON VISIBLES PARA LOS OJOS NI PALPABLES PARA LAS MANOS [2]. *En cuanto á mí, confieso* [dice un hombre que cito á cada paso, porque en su doble cualidad de filósofo y de creyente puede oponerse con igual ventaja á los amigos y á los enemigos de la religion] *me hallo perplejo á cada paso siempre que intento filosofar sin el aucsilio de la fé. Ella es la que me guia y me sostiene en la indagacion de las verdades relativas en cierto modo á la Divinidad, como son las pertenecientes á le metafísica* [3].

Así es que todo viene á parar en la necesidad de una REVELACION PRIMITIVA:—la generacion de la verdad sobre la tierra,—el orígen del lenguaje,—la naturaleza de la verdad religiosa en particular.

IV. Una última observacion que voy á hacer dará una consistencia definitiva al objeto de nuestro ecsámen, haciéndole bajar desde la region de la metafísica á la de la historia, y haciéndole recorrer á nuestra vista el terreno de los hechos.

Un suceso histórico, universal, que hemos ya demostrado en el capítulo anterior, y que se apoya en los mas auténticos documentos, bastaria por sí solo para dejarlo atestiguado. Hemos visto que la religion natural en toda su pureza ha precedido á la idolatría y á la supersticion, brillando sobre la cuna de todos los pueblos antiguos, cuando las artes y todos los demás conocimientos se hallaban bajo las sombras de la noche: prueba evidente de que la verdad religiosa ha sido originariamente revelada al hombre, porque de otra manera, como esta es lo que se halla mas lejos de su alcance hubiera sido el último descubrimiento, á ser el fruto de sus invenciones y raciocinios, y por lo menos se hubiera estendido y alimentado á proporcion del desarrollo del espíritu humano, siguiendo la misma

---

[1] J. J. Rousseau, Emilio, lib. 3.

[1] Epin. Op., t. IX, p. 259.

[2] Esta es en efecto la razon última y definitiva de los ateos y materialistas.

[3] *Mallebranche, Conversacion 9.ª sobre la metafisica*, núm. 6.

carrera que las demás verdades. Pero no: ha sucedido todo lo contrario. La verdad religiosa apareció de repente y sola en el horizonte del espíritu humano, y en seguida ha resplandecido con mas brillo: los errores mas groseros vinieron despues á obscurecerla cabalmente á medida que el género humano iba haciendo progresos en las artes y ciencias, enriqueciéndose con sus propias conquistas.

Este hecho tan notable está ligado á otro no menos significativo, el cual ecsije mas atento ecsámen, y nos conducirá como una pendiente natural á la cuestion reservada para el capítulo siguiente. Este nuevo hecho es el método empleado en todas partes y en todos tiempos para conservar y volver á encontrar la verdad religiosa.

¡Cosa estraña! jamás se ha conservado entre los hombres la verdad religiosa por medio del estudio, sino por medio de la tradicion. Para encontrarla no han ellos recurrido á su propia razon individual, sino á sus recuerdos colectivos, á la voz de lo pasado, tantas veces cuantas han querido saber á qué debian atenerse sobre esta verdad.

Es evidente la importancia de un hecho semejante, en el cual está visiblemente encerrado el de una revelacion primitiva: importa, pues, afirmarlo mucho antes de sacar consecuencias.

"Los moralistas de los primeros siglos, dice un "autor protestante que he citado ya, no discurrian "como los nuestros acerca de los principios de la "moral: la autoridad era su filosofía, y la tradicion "su único argumento. Enseñaban sus mácsimas "como lecciones que habian recibido de sus padres, "y éstos de sus predecesores, subiendo hasta los "primeros hombres á quienes Dios habia hablado; "creencia fundada sobre una antigua tradicion [1]."

Esta doctrina tradicional subsistió por largo tiempo en Oriente, de donde salieron las luces; y esto lo atestigua Diodoro de Sicilia al elogiar á los caldeos:—"Ellos no tienen mas maestros que sus pa-"dres, de lo que procede que poseen una instruc-"cion mas sólida y mas fé en lo que aprenden. Pe-"ro los griegos, añade, que no siguen la doctrina de "sus padres, y solo se escuchan á sí mismos en las "indagaciones que emprenden *(ipsi sua sponte in "disciplinarum studio pro libitu incumbunt)*, corrien-"do sin descanso trás de opiniones nuevas, dispu-"tan entre ellos sobre las cosas mas elevadas, y "obligan así á sus discípulos, continuamente perple-"jos, á divagar toda su vida por los estraviados sen-"deros de la duda, sin tener nada por averigua-"do [2]."

Igual reconvencion dirijian á los griegos los egipcios, quienes lo mismo que los caldeos, fundaban su fé sobre la antigua tradicion. Leemos en efecto en Platon, que cuando los sabios de la Grecia iban á buscar la verdad en los antiguos templos de Menfis ó de Saiz, los sacerdotes les respondian:—"¡O "griegos! todos sois niños: no hay un solo anciano "en toda Grecia. Vuestro ingenio, eternamente "mozo, no ha recibido su alimento en las opiniones "de los antiguos, *transmitidas por la tradicion inme-"morial* [1]."

Esta reconvencion sin embargo no era justa, aun en la Grecia, sino con respecto á los filósofos de corto mérito, llamados propiamente sofistas [2], porque los verdaderos filósofos eran aquellos que mas se distinguian por su sumision intelectual, y que para llegar á la verdad se esforzaban en acallar su propia razon para dedicarse esclusivamente á recojer la lejana voz de la antigüedad.—Oid á Platon y á Sócrates, á Pitágoras, a Aristóteles, y despues de ellos á Ciceron, su mas aventajado discípulo; á todos aquellos en fin que pertenecieron á la misma familia y obtuvieron de la posteridad el dictado de *sabios*, y los encontraréis unánimes en este punto: que para descubrir lo mas cierto en materia de religion, basta buscar por medio de la tradicion lo mas antiguo, lo que mas se acerca á la infancia del mundo, de suerte que la novedad es el sello infalible del error, así como la fuente de éste es el racionalismo absoluto. A este breve pero irresistible argumento apelan siempre para atacar á un mismo tiempo las supersticiones de la idolatría y las impiedades de la falsa ciencia, y para dispersar la turba de los sofistas que hacian de la razon humana un uso tan fatal como ridículo y vergonzoso.

"¿Quereis descubrir con *certeza* la verdad? decia Aristóteles: tomad con sumo cuidado lo *primero*, y no lo solteis: allí, solo allí encontraréis el dogma paternal en que se cifra la palabra de Dios [3]."

"Es *antigua tradicion*, dice el mismo en otro lu-"gar, transmitida donde quiera de padres á hijos, "que Dios es el que hizo todas las cosas y todas "las conserva [4]."

Sócrates enseñaba igualmente que—"los anti-"guos, mejores que nosotros y mas inmediatos á "los dioses, nos transmitieron por la tradicion los "conocimientos sublimes que de ellos habian reci-"bido.... por lo cual (inferia él) cuando afirman "que el mundo está rejido por una inteligencia su-"prema, apartarse de su opinion seria esponerse á "graves peligros [5]." Todos los demás argumentos sobre la ecsistencia de Dios le parecian secundarios.

La tradicion, la *fé* en la antigüedad, aun en aquello que no parece atestiguado por el raciocinio, hé aquí la grande regla que invoca y proclama ince-

---

[1] Leland, *Nueva demostracion evangélica*, 2.ª parte, capitulo 2, t. III, p. 57, 59. Eduardo Ryan confiesa tambien que "la tradicion fué la fuente en la cual bebieron las naciones y los "sabios de la antigüedad sus ideas racionales sobre la ecsisten-"cia y atributos de Dios." [T. I, cap. 1, p. 12.]

[2] *Diod. Sicul.*, lib. 100.—La filosofía tradicional, que no se apoyaba sobre el raciocinio y la esplicacion de las causas, me parece, dice Burnet, que subsistió hasta despues de la guerra de Troya. [*Archeolog. Philot.*, lib. 1, cap. 6.]

[1] *Plato. in Timoeo, Oper.*, t. IX, pp. 290, 291.

[2] "Pudiéramos dar el nombre de *plebeyos* á todos esos fi-"lósofos que se separan de Platon, de Sócrates y de toda su fa-"milia. Plebeii *videntur appellandi omnes philosophi qui á "Platone et Socrate et ab ea familia dissident.*" [Tusc., quæst., 1. 23.]

[3] *Si quis ipsum solum primum separando accipiat; hoc est enim paternum dogma: divine profecto dictum putabit.* (Arist., Metaph., t. XII, cap. 8.)

[4] Arist., *De mundo*, cap. 6., *Oper.*, t. I, p. 471.

[5] *Prisci, nobis praestantiores, Diis propinquiores, haec nobis oracula tradiderunt.* (*Plato, Phileb., Oper.*, t. IV, p. 219.)

santemente el príncipe de los filósofos, el divino Platon.—"Es preciso, decia, que *prescindiendo de "todo raciocinio* creamos en todo lo que nos trans-"mitieron los antiguos tocante á la religion (1)."

—"Esto es lo cierto, dice en otro pasaje, aunque "la prueba de ello ecsije largos discursos, y debe-"mos creerlo bajo la palabra de los legisladores y "de las *tradiciones antiguas*, á no ser que hayamos "perdido el sentido comun (2)."—"Dios, *como en-"seña la antigua tradicion*, añade, es el autor de "todo bien.... ¿Qué es pues lo acepto á Dios y lo "conforme á su voluntad? Una sola cosa, segun la "sentencia antigua é invariable que nos enseña que "solo hay amistad entre los séres semejantes (3)."

—"Debemos por lo mismo *prestar entera fé á* LA "ANTIGUA Y SAGRADA TRADICION que nos enseña "que nuestra alma es inmortal, y que despues de "separada del cuerpo recibirá de un juez inecsora-"ble el castigo que hubiere merecido (4)."

Jamás se aparta Platon de esta regla; y si le preguntais la razon en que se funda, os contestará como Sócrates y Aristóteles, que es—"porque los primeros hombres salidos inmediatamente de la mano de Dios debieron de seguro conocerle como á su propio padre, y deben ser creidos como que son sus hijos (5)."

Una circunstancia muy propia para acreditar esta doctrina tradicional es el medio empleado por los sofistas para eludirla. "El espediente á que se "recurria para introducir un nuevo sistema, dice "un sabio, era suponer que su idea primitiva habia "ocurrido á algun varon de la antigüedad, cuya "reputacion estuviese bien sentada (6)."

Hasta los oráculos proclamaban este principio universal.—Habiendo consultado los atenienses á Apolo Pitio, sobre la religion que debian adoptar, el oráculo respondió:—"La de vuestros padres."

—"Con todo (replicaron ellos), nuestros padres "mudaron su culto muchas veces: ¿cuál preferiré-"mos pues?"—"El mejor", volvió á responder el oráculo; y ciertamente, añade Ciceron que cita este hecho,—"por el mejor no podia entenderse sino el "mas antiguo, el mas inmediato á Dios (7)."

Ciceron á quien acabo de citar, aunque se hallaba todavía mas lejos que los filósofos griegos del foco primitivo de la tradicion, en casi todos sus escritos viene á referirse mil veces á este único fundamento como al último refugio de la razon humana, agotada en sus estériles investigaciones.—"Para fundar la opinion de que deseas penetrarte (sobre la inmortalidad del alma) tengo que alegar graves autoridades, y te citaré nada menos que la de toda la antigüedad, la cual mas cercana al orígen y al mismo Dios conocia mejor la verdad (1)."

—"La ley de las doce tablas, dice en otro lugar, nos manda atenernos al culto de nuestros padres, y la razon de ello es porque la antigüedad está mas inmediata á los dioses, y porque esta religion está acreditada por una tradicion divina [2]."

Y no era que á los ojos de Ciceron y de los antiguos filósofos dejasen de presentarse otras pruebas de las verdades religiosas; pero estas pruebas debian en su opinion subordinarse al grande argumento de la autoridad tradicional, ó como ellos decian, de la enseñanza divina, siendo por lo mismo mas bien confirmaciones que argumentos principales; pues la razon humana podia muy bien elevarse al conocimiento y á la contemplacion de estas verdades, que apoyándose en la autoridad divina se las propone; pero de ninguna manera puede suplir por sí misma esta condicion sin caer en mil precipicios desde el momento en que quiere prescindir de ella. Así era como aquellos claros ingenios conciliaban la filosofía racional con la filosofía tradicional; ésta precediendo á la otra y trillándole el camino, y aquella siguiéndola paso á paso y recojiendo sus resplandores. Hé aquí con cuánta energía hacia Ciceron su profesion de fé sobre este punto:—"Siempre he defendido y siempre defen-"deré las creencias que hemos recibido de nues-"tros padres con respecto á los dioses y al culto "que les es debido (3); y todos los discursos del "hombre, sea sabio, sea ignorante, no me harán "vacilar en esta persuasion: hé aquí, ó Balbo, la "opinion de Cota."—Esta es la filosofía tradicional, sólido cimiento de la fé.—"Esplícame ahora la tuya, continúa Ciceron bajo el nombre de Cota, pues deseo aprender de tí, *que eres filósofo*, EL POR QUÉ de la religion....; pero entre tanto *debo atenerme á mis antepasados, aun en aquello en que* NINGUNA RAZON DAN *de lo que nos enseñan* (4)."—Balbo, el interlocutor de Cota, entra en seguida con un largo discurso sobre la naturaleza de Dios, á lo que responde Cota:—"No encontrando este "dogma tan evidente como tú deseas, has querido "probar por medio de argumentos la ecsistencia de

---

(1) *Licet nec necessariis nec verosimilibus eorum ratio confirmetur etc.* (*Plato, in Timoeo, Oper.*, t. IX, p. 324.)

(2) *Plato, de leg.* 12, *Oper.*, t. IX, p. 212.

(3) *Plato, de leg.* 4, *Oper.*, t, VIII, pp. 185, 186.

(4) *Idem, Epist.* 7, *Oper.*, t. XI, p. 115.

(5) *Priscis itaque viris hac in re credendum est, qui Diis geniti, ut ipsi dicebant, parentes suos optime noverant, impossibile sane Deorum filiis fidem non habere.* (*Plato, in Timoeo, Oper.*, t. IX, p. 324.)—Por esta palabra *Dioses*, segun nos observa el mismo Platon, entendia *Dios*.

(6) M. de la Barre, Memorias de la Academia de las Inscripciones, t. XXIX, p. 71.

(7) *El prefecto ita est, ut id habendum sit antiquissimum et* Deo procsimum *quod sit optimum.* [*De Legib.*, lib. 2, cap. 16.]

(1) *Quae quo* propius aberat ab ortu et divina progenie *cernebat, hoc melius ea fortasse, quae erant vera cernebant.* [*Tuscul.*, lib. 2, cap. 12.]

(2) *Jam ritus familiae patrumque servare, id est* [*quoniam antiquitas proxime accedit ad Deos*] *á Diis quasi traditam religionem tueri.* [*Tusc.*, lib. 1, cap. 11.]—Del mismo dictámen participaba Séneca espresando la idea de este modo: *Non tamen negaverim fuisse primos homines alti spiritus viros; et ut ita dicant,* A DIIS REGENTES: *neque enim dubium est quin meliora mundus nondum effatus ediderit.* [*Sen., Epist.* 99.]

(3) Por estas palabras *Dioses inmortales* significaba Tulio lo mismo que Platon *Dios, la Divinidad.*—Así lo esplica en otro lugar.—Conservar el culto de nuestros mayores es el deber de todo hombre sensato, así como creer que ecsiste una naturaleza superior y eterna, á la cual debemos todos elevar nuestra alma y nuestro corazon. [*De Divinat.*, lib. 2, cap. 72.]

(4) "*Opiniones, quas á majoribus accepimus de Diis immortalibus, sacra, caeremonias, religionesque....* ego eas defendam semper, semperque defendi: *nec me ex ea opinione, quam* á majoribus accepi *de cultu Deorum immortalium, ullius unquam oratio aut docti aut indocti* movebit....*habes, Balbe, quid Cotta, quid pontifex sentiat.—Fac mihi ergo intelligam ut qui sentias; á te enim* philosopho, RATIONEM *accipere debes religiones;* majoribus autem nostris *etiam* NULLA RATIONE REDDITA *credere.*" [*De natura Deorum*, lib. 3. cap. 2, núm. 56.]